

MISA DE ACCION DE GRACIAS POR LA CANONIZACIÓN DE LA MADRE MARÍA PURÍSIMA DE LA CONCEPCIÓN

25 de enero de 2015. SANTA IGLESIA CATEDRAL DE CADIZ

DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO – CICLO B.

(Jer 31, 7-9; Sal 125, 1-2ab.2cd-3. 4-5. 6; Hb 5, 1-6; Mc 10, 46-52)

Queridos hermanos todos, queridas Hnas. de la Compañía de la Cruz, devotos de la santa:

La Madre María Purísima de la Concepción ya es santa. El Santo Padre, después de un proceso que es siempre largo, intenso y delicado, pero que en este caso ha sido muy rápido –ha podido hacerse en 17 años--, lo ha declarado y celebrado así para toda la Iglesia. Muchos de los aquí presentes, sobre todo las Hermanas, han conocido a esta santa. La Madre María Purísima ha sido propuesta para nosotros como un ejemplo de seguimiento de Cristo, como un modelo, y como una intercesora ante Dios, porque los santos interceden por nosotros. Esta es una alegría que tenemos que celebrar, que estamos celebrando aquí, que celebrábamos el fin de semana pasado en Roma con el Santo Padre, y que hay que celebrar en nuestros corazones y en nuestras casas; es un júbilo para todos aquellos que de alguna manera nos hemos dejado influir por el testimonio, las palabras, el ejemplo de esta santa nueva de la Iglesia, o por su intercesión. Porque a los santos les pedimos. Después de un largo proceso, son declarados como intercesores por el poder de Dios y la oración de los hombres, en sus milagros. La Madre María Purísima, goza de la gloria de Dios e intercede por nosotros.

Es difícil hablar de ella, y muy sencillo al mismo tiempo, porque conocerla es experimentar sus palabras, su sonrisa, su caridad humana, su compasión, su acogida. Pero a la hora de presentar sucintamente los rasgos de su espiritualidad nos encontramos casi con la misma horma de santidad que concedió el Señor a Santa Ángela de la Cruz, hasta tal punto que todo el mundo veía en ella un fiel retrato de la fundadora, sobre todo en su manera de vivir, en sus palabras, en el orden de su vida religiosa, en su espiritualidad, en un cumplimiento fidedigno y fehaciente de las reglas de las Hermanas de la Cruz. Esto, para vosotras, Hermanas, es muy importante, porque de esa horma de santidad participáis todas. Cuando uno entra en la vida religiosa pasa por un periodo de formación. Ésta, la formación, nos da forma, nos adentra en la horma, a través de las Constituciones, de la santidad. Todos los santos coinciden en vivir el mismo amor de Dios, tienen los mismos rasgos de Jesucristo, su unión amorosa con Dios por encima de todas las cosas, su desprendimiento ante él y su deseo de hacer siempre la voluntad del Padre en su vida, de entregarse a los hermanos. Todo santo tiene que parecerse a Cristo, tiene que asumir la horma de Cristo.

En este sentido, las Hermanas de la Cruz hoy ven a una santa que vive su mismo carisma, que va por delante anunciando que es posible vivir de esta manera. Pero los que no somos de la Congregación también debemos mirar a la santa y preguntarnos, ¿qué me falta a mí?, ¿en qué he de parecerme a Cristo para vivir su forma, para que como decía San Pablo, digamos, “es Cristo quien vive en mí”, por tanto he de parecerme a Cristo, relacionarme como Cristo, trabajar, anunciar la misericordia de Dios al mundo entero como el mismo Jesucristo?

Y en esta horma de santidad y en este carisma de las Hermanas de la Cruz hay unos rasgos que conocéis muy bien, pero que necesitamos hoy interiorizar y repetir. Sobre todo se trata de una vida entregada que parte de una entrega interior antes que la exterior: es lo que en la vida interior se llama mística, la oración y la unión con Dios, y la ascesis (del griego: “esfuerzo”), pues el camino de la santidad supone una colaboración por nuestra parte. No consiste en que tengamos que hacerlo nosotros por nuestra parte. El esfuerzo mayor lo ha realizado ya Cristo que ha dado la vida por nosotros. Nosotros nos unimos a la fuerza de su amor, a lo que Él nos

ha conseguido, para colaborar con él. No cabe duda de que tenemos que elegirle. Debemos, ante el egoísmo o el amor, buscar el amor, incluso el más esforzado, y apartarnos del egoísmo.

Hablar de esto hoy parece casi un imposible. Nuestra sociedad se rige por criterios absolutamente egoístas, que vienen del mundo de la empresa, la ganancia, donde parece que solo vale la pena aquello que es productivo. Sin embargo, si Dios hubiera tenido ese criterio, nadie podríamos habernos presentado en su presencia. Dios ha venido a buscar al que no sirve, al pecador, al que parece que no tiene nada, al necesitado, al pobre.

La Palabra de Dios que hemos escuchado nos habla de este ciego sentado, por no decir tirado y despreciado, al borde del camino, que grita al hijo de David que tenga misericordia de él, y es Cristo mismo el que, oyendo sus voces, le llama (“traedle aquí”). De Jesús parte la iniciativa, porque ha venido a salvarnos, y porque, como escuchábamos en la primera lectura del profeta, cuando el pueblo de Israel era deportado y esclavo de alguna manera, recordando Egipto, recuerda que ha de salir de la esclavitud para encontrarse con la libertad, y allí el Señor llama a aquellos que están empobrecidos, afligidos... como en una gran procesión, en la que cada uno tiene lo que tiene y sobre todo lo que le falta: ciegos, tullidos, cojos... El Señor les llama para abrir para ellos un camino de libertad.

Cuando Cristo se encuentra con este ciego es el mismo Jesús el que cumpliendo esa promesa de Dios sale en su busca y le cura, ante su misma petición (“que pueda ver”). Y Jesús le da no sólo la vista, sino la luz del Espíritu Santo, hasta tal punto que es capaz de conocerle a Él, y mientras que muchos ya sabían que Jesús iba a terminar mal, que había ya aquella conspiración a su alrededor que le llevaría a la muerte, el que recupera de verdad la vista, el que adquiere la fe, se pone en su seguimiento. Este ciego, por consiguiente, en lugar de ir a celebrarlo en la comodidad de su casa, quiere seguir a Jesús, y le sigue a todas partes.

Esto entra directamente en el carisma de Santa Ángela de Cruz, y es lo que vivió la Madre María Purísima. Esta vida ascética, sacrificada, de renuncia, es por un amor único a Jesucristo a quien se sigue con amor apasionado y por el bien de los demás, por procurar su bien material. Hoy recordamos en la Iglesia continuamente que el amor de Cristo nos exige volcarnos con los pobres y necesitados. Pero ¡cuántas veces podemos diluir esa ayuda simplemente en algo material, sabiendo que hacemos una obra buena!. Pero el Señor nos pide siempre no la obra simplemente buena, sino el bien mayor, que es devolver la luz de la fe, ayudar los demás en sus necesidades materiales, pero ofrecer la salvación, que es la luz del corazón, la alegría del alma, mucho mayor que cualquier felicidad meramente mundana. Esto está clarísimo en las Constituciones de las Hermanas de la Cruz y en el ejemplo y el testimonio de su vida, y así os animo a seguir haciéndolo.

El Papa Francisco, con una actualidad innegable, nos habla de vivir a fondo la esencia de la vida cristiana (nos lo dice en su Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*): Necesitamos incorporar la caridad a nuestro testimonio de fe. El Kerigma, el primer anuncio, “Cristo, el Hijo de Dios, ha dado la vida por ti, te ama y te llama”, ha de ir acompañado al amor que debemos prestar a los demás al compartir los bienes y atender a los necesitados. Al mismo tiempo, cuando nos instruye a cerca de la predicación, de la catequesis de la Iglesia, del apostolado, repite que este primer anuncio ha de proclamarse una y otra vez no solo con los que no creen sino con los que creemos porque debemos recordar la esencia de nuestra fe. Por tanto, este anuncio de Cristo, ha de ir siempre unido a nuestra vida de caridad. La caridad forma parte del *kerygma*.

El mundo necesita ver dónde está la grandeza del hombre. Nos lo decía el Papa la semana pasada en la canonización. Mientras para muchos su única grandeza está en la búsqueda del poder, del producir, del figurar, del prestigio, el verdadero servicio es el servicio del amor, este

amor, que con palabras y con obras anuncia el amor de Dios en Cristo. En el Consistorio donde se eligieron a los últimos Cardenales, el Papa les decía: se os da un honor, pero no un poder; que vuestro honor de haber recibido esta distinción, sea la distinción de dar la vida. Porque la autoridad en la vida de la Iglesia está en el morir a sí mismo para poder servir a los demás.

Me parece que después de haber escuchado al Papa Francisco podemos hacernos portadores para nuestra vida y para la vida del mundo de esta gran lección que nos acompaña a esta gran alegría de la canonización de María Purísima de la Concepción. Aprendamos a amar, vivamos para servir, y que en este servicio encontremos, no el poder del dominio, sino el poder del amor con el que Cristo nos ha salvado dando su vida por nosotros en la Cruz.

En esta Cruz, María Purísima veía una doble cruz, la Cruz de Cristo, y enfrente la propia, la de uno mismo. Parece que necesitamos encontrar verdaderamente al Señor Crucificado. Pero no tenemos que ir muy lejos para encontrarle. Tenemos que mirar nuestro corazón, morir con Él, y sin duda, experimentar inmediatamente la alegría de servir y el gozo de dar la vida por los demás.

Queridas Hermanas, queridos amigos todos, queridos devotos de la Madre María Purísima de la Concepción, recibamos con gozo esta gracia que Dios nos da y que fructifique para que en el mundo pueda haber este río impetuoso e inmenso de amor que hace revivir la humanidad, que recree la caridad y que todos encuentren el consuelo de ser amados por Dios como hijos y herederos de la vida eterna. Amén.